

Domingo XXIX del TO
Ciclo B



20 de octubre de 2024

Is 53, 10-11

Sal 32

Heb 4, 14-16

Mc 10, 35-45

P. Eduardo Suanzes, msps

Santiago y Juan parecen tener pretensiones «fáciles» de poderío, gloria o dominio y lo reclaman a Jesús. Ambos piden que esa «gloria» se les conceda graciosamente, como porque sí, sin más ni más. De ahí la respuesta de Jesús: «*no saben lo que piden*». Porque el camino de Jesús (y su seguimiento) no es ni va a ser un camino de rosas, un camino glorioso, de triunfos fáciles, sino un camino duro, de donación esforzada. Y el camino ya lo ha dicho antes, en su tercer anuncio de su muerte-resurrección, el de la donación de la propia vida.

La ceguera del mundo egoico (y los Zebedeo nos representan a todos nosotros cuando sucumbimos a nuestro viejo yo egoico) es tal que no percibe siquiera las propias leyes de la biología, que muestran cómo cualquier forma de vida emerge tras la «muerte» de otra «forma» de vida previa. Jesús expresará bellamente toda esta dinámica con la parábola del grano de trigo, que si caen en la tierra y no muere, queda él solo, pero que si muere produce fruto y fruto abundante, es decir, vida. Los Zebedeo quieren saltarse el proceso, lo que es imposible para la naturaleza humana: porque la cruz se adapta a la naturaleza humana como un guante.

La pretensión de Santiago y Juan es muy «humana» o muy egóica: sí, muy bien eso de la gloria, eso de la vida plena, eso del amor realizado... pero, por favor, dánselo, no nos hagas pasar por todo el camino de entrega que lleve hasta allí. Porque no piden a Jesús que les ayude a hacer el camino que lleva allí, que les acompañe en su andar, sino que les lleve por arte de magia a estar ya allí bien «sentados». Y no sólo dánselo porque sí, sino que, además, dánselo con categoría, ponnos en los primeros puestos («*sentados uno a tu derecha y el otro a tu izquierda*»).

La respuesta didáctica del evangelio no podría ser otra que la que da: «*No saben lo que piden*». Les reprocha su ignorancia. O, podría decirse: no estáis entendiendo que el amor implica un «salirse» de sí mismos, no un «guardarse» cada cual para sí. Aquí se introduce el símbolo de la copa, en el sentido utilizado en la cultura semítica y bíblica a veces como «**trago amargo**», y el del bautismo, como las aguas del compromiso y de la entrega en que hay que sumergirse. Y es que no se puede tocar a un leproso sin impurificarse, desde la azotea no se puede abrazar a alguien que está en la acera, no se puede sintonizar con alguien sufriente desde la diversión, no se puede acompañar a alguien a subir a un monte quedándose en el campamento base. El Amor implica implicación, valga la redundancia, y para la mente ociosa que busca la des-implicación, ese implicarse será visto como un trago amargo, poco gratificante en principio. Pero la realidad de la vida es así, y la realidad de las relaciones interpersonales es también así. En el evangelio de Juan se muestra plásticamente cuando muestra a Jesús en la cruz, culminación de su camino

mortal, tomando vinagre. Apurando ese «trago amargo» simbólico de la entrega, es cuando puede decir: «*–Todo está cumplido, e inclinando la cabeza entregó el espíritu*»¹. No dice que Jesús murió, terminó, se acabó, sino que entregó el Espíritu, es decir que su Ser permanece donándose más allá de la cruz, como señalan los propios evangelios, hasta el fin de los tiempos.

Jesús invita a los Zebedeo a que compartan su destino proponiéndoles su muerte en la cruz como modelo para los dos hermanos. Se trata, sin duda, de una formulación extrema. Su sentido no es que cada seguidor tenga necesariamente que morir como Jesús, sino que, según sus circunstancias, debe entregarse al máximo a su misión sin arredrarse por las pruebas a que se vea sometido y, en el caso límite, estar dispuesto a afrontar incluso la pérdida de la propia vida. De lo que se trata es de la entrega por amor. Ellos dicen que son capaces, pero es a todas luces, una respuesta a la ligera, no comprenden el alcance de sus palabras.

Para estar a su lado en la gloria hay que estarlo antes en la cruz, en el camino de la entrega de la propia vida por los demás y la mayor cercanía o lejanía de él dependerá del compromiso en el camino. Esta es la invitación a todos los seguidores.

Los otros diez apóstoles reaccionan con indignación contra los Zebedeo, creando división en el grupo. Como sucedió después de David y Salomón que se dividió Israel en dos reinos, ahora «los diez» están contra «los dos» repitiendo aquel antiguo cisma que se dio en el pasado (ruptura de las doce tribus). La unidad del nuevo Israel (representado en los doce) está rota por la ambición.

Los discípulos están simbolizando a las personas que piensan que el «mundo de Dios», o el «ámbito del Reino» es como el ámbito de este mundo, solo que mejorado o corregido. Y así imaginan que la obra de Jesús va a consistir en «dar la vuelta a la tortilla», de modo que los que antes estaban abajo pasen a estar arriba y los que estaban arriba pasen a estar abajo. No, Jesús no viene a «dar la vuelta a la tortilla», sino un cambio radical de vida.

Nos invita Jesús a desprendernos de esa nuestra mente egóica, pues la mente egóica es mercantil y, como en el mundo de la contabilidad, funciona con la «partida doble» del debe y del haber contables: si algo sale es porque algo entra a cambio. En la mente contable lo que sale y lo que entra son cosas tangibles, apreciables: sobre todo lo que entra, lo que recibo «a cambio de». Y muchas veces, «el bien del otro» no es algo tangible, visible, sobre todo para los ojos que no quieren ver o que no están dispuestos a arriesgar tanto por «tan poco». «*Que no sea así entre ustedes...que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos*».

Propugna Jesús el desprendimiento de todo lo que estorbe a la realización del amor y de la entrega generosa de unos a otros; propugna una desaparición del dominio (por muy justiciero o benefactor que parezca) para ser sustituido por el servicio desprendido, y propone a todos que se hagan «últimos»: «*Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos*»²

¹ Jn 19,30

² 9,35